

-¿Qué se sentirá ser humano?- se preguntó el perro.

Todos los días veía como iban y venían las personas de un lado a otro, se servían comida cuando querían, se paraban y se ponían a conversar largo rato, se iban lejos, tanto que ya no se detectaba su olor, para luego regresar muy tarde cuando el día ya no brillaba.

Todo esto le intrigaba mucho al perro, que solo conocía a penas su casa, un poco de la calle y a lo más un parque, de ahí en fuera le interesaba saber más de ello, pero, le aterraba la idea de perderse. En más de una vio a alguno que otro de sus congéneres, con la soga al cuello, raquítico a más no poder buscando refugio y nadie que les tendiera la mano, sabía de ellos que se habían perdido, y no tenían más a dónde ir.

-Pobres- pensó apenado.

Sin embargo los humanos no parecían pasar por esa preocupación, se iban montados en esas raras cosas que se movían rápido y hacían un ruido particular, para luego volver, a veces llenos de bolsas con comida y otras cosas.

A pesar de eso, él sabía de que una que otra penuria si tenían, algunas veces vio a su dueño manando agua de sus ojos y se las lamía, a sabiendas de que eran como si con ello exudaran su sufrimiento. Otras lo veía que gritaba y se enojaba con él, por hacer lo que la naturaleza le mandaba, y no entendía el enfado, si de todas manera no comían ahí.

De todos modos, le parecía extraño el verlos todos los días que cambiaban de cuerpo, destilaban el mismo olor pero se miraban diferente, todos los días, y si no fuera por la voz de seguro que hasta pensaba que era un intruso.

-Debe ser divertido cambiar de cuerpo todos los días- se dijo -aunque ha de ser un tanto engorroso hacerlo siempre-.

Pensaba en que ser humano sería muy interesante, porque los miraba entrar a ese cajón frío del que sacaban la carne y toda la comida deliciosa, para ellos solo era acercarse y abrirla con sus patas tan raras, y solo salía de ahí los mejores manjares que nunca hubiera probado, a menudo pensaba que si él fuera humano sacaría toda la comida que quisiera y se los daría a todos los que pudiera no sin antes tragar hasta reventar.

Quizá la segunda cosa que más deseaba de ser humano era poder acurrucarse en eso que llamaban "cama", ya que a ratos, cuando su dueño se lo decía, se subía a ella y quedarse dormido se sentía de lo mejor.

El perro no veía a su dueño como un amo, sino como un amigo, para él su dueño no era otra cosa que el alfa, pero, no veía este trato reflejado en la familia o en los amigos que a veces traía, ninguno se sometía.

Así, pasaron los años y el perro poco a poco fue entendiendo más sobre el hombre, quizá más que el hombre mismo, pensaba. Entendía que la razón por la que tenía comida y todos los lujos, era porque su dueño se sacrificaba todos los días haciendo cosas para recibir esos premios, y dichos premios solo los obtenía tras un sacrificio, porque había momentos en los que llegaba y solo se quedaba dormido, en lugar de ponerse a ver "la tele". Fue entonces que su interés en ser un humano se fue diluyendo, al darse cuenta que el hombre también es otro perro, pero más "refinado".